

FRANK DIKÖTTER

LA GRAN HAMBRUNA
EN LA CHINA DE MAO

HISTORIA DE LA CATÁSTROFE
MÁS DEVASTADORA DE CHINA
(1958-1962)

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JOAN JOSEP MUSSARRA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Mao's Great Famine. The History
of China's Most Devastating Catastrophe, 1958-1962*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2010 by Frank Dikötter. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2017 by Joan Josep Mussarra Roca
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, detalle de la bandera preferida inicialmente
por Mao en el concurso público de 1949

ISBN: 978-84-16748-42-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 7523-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	I I
-----------------	-----

PRIMERA PARTE EN POS DE LA UTOPIÍA

1. Dos rivales	27
2. Empieza la carrera	38
3. Purgas en el Partido	46
4. Llamada a filas	62
5. Lanzamiento de sputniks	76
6. Que empiece el bombardeo	90
7. Las comunas del pueblo	95
8. La fiebre del acero	109

SEGUNDA PARTE EN EL VALLE DE LA MUERTE

9. Señales de advertencia	123
10. China va de compras	132
11. Aturdidos por el éxito	151
12. La verdad muere	160
13. Represión	176
14. La ruptura entre chinos y soviéticos	182
15. Cereales capitalistas	188
16. En busca de una salida	201

TERCERA PARTE
LA DESTRUCCIÓN

17. La agricultura	215
18. La industria	245
19. El comercio	261
20. La vivienda	274
21. La naturaleza	291

CUARTA PARTE
SUPERVIVENCIA

22. Banquetes en plena hambruna	319
23. La picaresca	328
24. A hurtadillas	345
25. «Querido presidente Mao»	356
26. Bandidos y rebeldes	370
27. El éxodo	378

QUINTA PARTE
LOS MÁS VULNERABLES

28. Los niños	399
29. Las mujeres	415
30. Los ancianos	427

SEXTA PARTE
MANERAS DE MORIR

31. Los accidentes	435
32. Las enfermedades	443
33. El gulag	465

34. La violencia	473
35. Escenarios del horror	495
36. El canibalismo	517
37. El recuento final	523

<i>Epílogo</i>	540
<i>Cronología</i>	544
<i>Agradecimientos</i>	549
<i>Comentario sobre las fuentes</i>	551
<i>Bibliografía selecta</i>	560
<i>Índice</i>	578

PREFACIO

Entre 1958 y 1962 China descendió al infierno. Mao Zedong, presidente del Partido Comunista de China, sumió el país entero en la locura con el Gran Salto Adelante, un intento de alcanzar a Gran Bretaña y de superarla en un período de menos de quince años. Mao creyó que la movilización del principal recurso de China—una mano de obra integrada por cientos de millones de seres humanos—catapultaría el país a una posición superior a la de sus competidores. China no seguiría el modelo de desarrollo soviético, que se había basado sobre todo en la industria pesada, sino que «andaría sobre dos piernas»: se movilizó a las masas de campesinos con el objetivo de transformar a un mismo tiempo la agricultura y la industria, y convertir una economía subdesarrollada en una moderna sociedad comunista en la que todo el mundo viviría en la abundancia. En el intento de alcanzar este paraíso utópico, todo se colectivizó. Se concentró a los aldeanos en comunas gigantescas que anticipaban el advenimiento del comunismo. Los campesinos se vieron privados de su trabajo, sus hogares, sus tierras, sus pertenencias y sus medios de vida. La comida se distribuía con el cucharón en las cantinas colectivas de acuerdo con los méritos de cada uno, y se transformó en un arma que obligaba a los individuos a seguir todos y cada uno de los dictados del Partido. Las campañas de irrigación obligaron a la mitad de los aldeanos a trabajar semana tras semana en gigantescos proyectos de conservación de aguas, a menudo lejos de su hogar, sin comida ni reposo adecuados. El experimento culminó en la mayor catástrofe que hubiera conocido el país. Se perdieron decenas de millones de vidas.

A diferencia de lo que sucede con otras catástrofes com-

parables—por ejemplo, las que tuvieron lugar bajo el mando de Pol Pot, Adolf Hitler y Iósif Stalin—, el auténtico alcance de lo que ocurrió en el Gran Salto Adelante es muy mal conocido. Ello se debe a que durante largo tiempo el acceso a los archivos del Partido ha estado sometido a severas limitaciones, salvo para los historiadores de mayor confianza, respaldados por credenciales del propio Partido. Pero una reciente ley de archivos ha puesto al alcance de los historiadores profesionales un ingente volumen de material archivístico y ha transformado de raíz las posibilidades de estudio de la era de Mao. Este libro está basado en más de un millar de documentos recopilados a lo largo de varios años en docenas de archivos del Partido, desde el Ministerio de Asuntos Exteriores de Beijing y los archivos provinciales de Hebei, Shandong, Gansu, Hubei, Hunan, Zhejiang, Sichuan, Guizhou, Yunnan y Guangdong, hasta archivos menores, pero de valor igualmente incalculable, que se encuentran en los municipios y distritos de toda China. Entre todo este material se hallan informes secretos del Departamento de Seguridad Pública, actas detalladas de reuniones de alto nivel del Partido, versiones no expurgadas de importantes discursos de los dirigentes, estudios sobre las condiciones de trabajo en el campo, investigaciones de asesinatos en masa, confesiones de dirigentes responsables de la muerte de millones de personas, informes elaborados por equipos especiales que se enviaron durante las últimas fases del Gran Salto Adelante para efectuar pesquisas sobre las dimensiones de la catástrofe, informes de carácter general sobre la resistencia de los campesinos durante la campaña de colectivización, encuestas de opinión secretas, cartas de queja escritas por personas corrientes, y mucho más.

El contenido de este voluminoso y detallado expediente transforma nuestra comprensión del Gran Salto Adelante. Así, hasta ahora los historiadores habían calculado la mortandad extrapolando los datos demográficos oficiales, como

por ejemplo los que figuran en los censos de 1953, 1964 y 1982. Sus estimaciones oscilaban entre 15 y 32 millones de muertes que sobrepasaban la tasa de mortalidad esperable. Pero los informes de Seguridad Pública de la época, así como los extensos informes secretos cotejados por los comités del Partido durante los últimos meses del Gran Salto Adelante muestran la inexactitud de estos cálculos y apuntan a una catástrofe de magnitud mucho mayor: este libro muestra que por lo menos 45 millones de personas murieron innecesariamente entre 1958 y 1962.

El término *hambruna* o incluso la expresión *Gran Hambruna* suelen emplearse en referencia a estos cuatro o cinco años del período maoísta. Pero éstos no alcanzan a expresar las muchas maneras en que murieron las personas bajo la colectivización radical. El empleo despreocupado del término *hambruna* también ayuda a consolidar el punto de vista, muy extendido, de que las muertes fueron una consecuencia accidental de programas económicos mal concebidos y ejecutados. No se acostumbra a asociar a Mao y al Gran Salto Adelante con asesinatos en masa, y por ello China sigue saliendo bien parada cuando se la compara con la brutalidad que sí se suele asociar con Camboya y la Unión Soviética. Pero los documentos que ahora han salido a la luz y que presentamos en este libro demuestran que la coacción, el terror y la violencia sistemática se hallaban en los mismos cimientos del Gran Salto Adelante. Gracias a los informes que elaboraba el propio Partido, a menudo muy detallados, podemos inferir que aproximadamente entre un 6 y un 8% de las víctimas contabilizadas de 1958 a 1962 fueron torturadas hasta la muerte o ejecutadas sumariamente. Se trataría como mínimo de 2,5 millones de personas. A otras víctimas se las privó deliberadamente de alimento y se las hizo morir de hambre. Muchas otras perecieron porque eran de edad demasiado avanzada, o estaban demasiado enfermas o débiles para trabajar, y no pudieron ganarse el sustento. Se mataba a los

ricos, a los que mostraban poca convicción, a los que se quejaban, a los que simplemente le caían mal, por un motivo u otro, a la persona que distribuía la comida en la cantina. Se hizo morir indirectamente por negligencia a incontables seres humanos, porque los cuadros locales se veían compelidos a concentrarse en los números y no en las personas, y a cumplir los objetivos que les marcaban desde arriba los planificadores.

La abundancia prometida no sólo motivó uno de los mayores asesinatos en masa de la historia humana, sino que también infligió daños sin precedentes a la agricultura, el comercio, la industria y el transporte. Se arrojaron cazos, sartenes y herramientas a hornos caseros para incrementar la producción nacional de acero, porque se creía que éste era uno de los indicadores mágicos del progreso. El ganado disminuyó rápidamente, no sólo porque se sacrificaba a los animales para el mercado de exportación, sino también porque éstos caían en masa frente a las enfermedades y el hambre, por mucho que se trazaran planes extravagantes para la edificación de gigantescas granjas de cerdos que iban a abastecer de carne todas las mesas. Se desperdiciaron recursos, porque las materias primas y los suministros se distribuían sin criterio, y porque los encargados de las fábricas se saltaban deliberadamente las normas para incrementar la producción. Como todo el mundo escatimaba gastos en un implacable esfuerzo por elevarla, las fábricas lanzaban productos de mala calidad que se acumulaban en las vías muertas sin que se les diera ningún empleo. La corrupción impregnó todos los aspectos de la vida y lo contaminó todo, desde la salsa de soja hasta las represas. El sistema de transportes empezó a fallar y terminó por derrumbarse, incapaz de hacer frente a las exigencias de una economía planificada. Productos por valor de cientos de millones de yuanes se acumulaban en las cantinas, en los dormitorios colectivos e incluso en las calles, buena parte de ellos devorados por la herrumbre y la putrefacción. Habría sido difícil

concebir un sistema que implicara un mayor despilfarro, un sistema en el que los cereales recolectados se echaran a perder en el campo arrumbados junto a caminos polvorientos mientras los seres humanos buscaban raíces o comían lodo.

Este libro también documenta que el intento de dar el salto hacia el comunismo tuvo como resultado la mayor demolición de propiedades en la historia de la humanidad. Superó en mucho los efectos de cualquiera de las campañas de bombardeo de la Segunda Guerra Mundial. Hasta el 40% de los edificios quedaron en ruinas, porque se emplearon los materiales de las casas para crear fertilizante, construir cantinas, alojar a los aldeanos, arreglar los caminos, abrir espacios para un futuro mejor o simplemente castigar a sus ocupantes. El entorno natural tampoco salió indemne. No sabremos jamás la superficie boscosa que se perdió en el curso del Gran Salto Adelante, pero en cualquier caso un ataque intenso y prolongado contra la naturaleza destruyó hasta la mitad de los árboles en algunas de las provincias. Los ríos y las vías de agua también se resintieron: a lo largo y lo ancho del país, las presas y los canales construidos por cientos de millones de granjeros a un coste humano y económico muy elevado resultaron en su mayor parte inútiles, o incluso peligrosos, y provocaron corrimientos de tierras, obstrucciones de vías fluviales, salinización del suelo e inundaciones devastadoras.

Así pues, este libro no aborda solamente la hambruna. Es una crónica que narra, a menudo con angustioso detalle, lo que casi fue el hundimiento de un sistema económico y social en el que Mao había apostado su prestigio. Al mismo tiempo que se desarrollaba la catástrofe, el Presidente cargaba contra sus críticos para conservar su posición como líder indispensable del Partido. Sin embargo, después de finalizar la hambruna, aparecieron nuevas facciones que se opusieron con vigor al Presidente. Éste, para mantenerse en el poder, tuvo que volver del revés el país entero durante la Revolución Cultural. El acontecimiento clave en la historia de

la República Popular de China fue el Gran Salto Adelante. Todo intento de comprender lo que acaeció en la China comunista tiene que empezar por situarlo en el mismo centro del período maoísta. En un plano más general, en este mundo moderno que pugna por hallar un equilibrio entre libertad y regulación, la catástrofe que se desencadenó entonces tiene que servirnos como recordatorio de lo errónea que es la idea de que la planificación estatal puede sernos útil como antídoto contra el caos.

Este libro ofrece nuevas evidencias sobre la dinámica del poder en un Estado de partido único. Los politólogos han estudiado los procesos políticos que condujeron al Gran Salto Adelante sobre la base de las declaraciones oficiales, los documentos semioficiales y el material de la Guardia Roja publicado en el curso de la Revolución Cultural. Pero estas fuentes censuradas no revelan lo que ocurrió de verdad entre bastidores. No conoceremos la totalidad de lo que se hizo y se dijo en los pasillos del poder mientras los Archivos Centrales del Partido conservados en Beijing no abran sus puertas a los investigadores. Y es improbable que ello suceda en un futuro próximo. No obstante, las actas de muchas reuniones clave sí se encuentran en los archivos provinciales, porque los dirigentes locales acudían a menudo a las reuniones más importantes del Partido y tenían que mantenerse informados de lo que acontecía en Beijing. Dichos archivos nos permiten contemplar a los dirigentes bajo una luz muy distinta: al conocerse algunas de las reuniones más secretas, asistimos a las crueles puñaladas por la espalda y a las tácticas de intimidación que los dirigentes del Partido emplearon en toda su crudeza. El retrato que emerge del propio Mao no es precisamente halagüeño y queda muy lejos de la imagen pública que cultivó con tanto cuidado: divagatorio en sus discursos, obsesionado con su propio papel en la historia, rencoroso a

menudo por desdenes del pasado, maestro en el empleo de las emociones para imponerse en las juntas y, por encima de todo, insensible a las pérdidas humanas.

Sabemos que Mao fue el arquitecto del Gran Salto Adelante, y por ello es el principal responsable de la catástrofe que éste ocasionó.¹ Tuvo que luchar para imponer sus puntos de vista. Tuvo que regatear, engatusar, provocar, y ocasionalmente atormentar o perseguir a sus colegas. A diferencia de Stalin, no arrastraba a sus rivales a la mazmorra ni los hacía ejecutar, pero sí tuvo poder para expulsarlos de sus cargos, arruinarles la carrera y privarlos de los muchos privilegios que se derivaban de un rango elevado dentro del Partido. La campaña para adelantar al Reino Unido empezó con el presidente Mao, y terminó cuando éste, unos años más tarde, autorizó a sus colegas a retornar a un enfoque gradualista de la planificación económica. Pero no habría logrado imponerse si Liu Shaoqi y Zhou Enlai, los dos líderes con más poder en el Partido después del propio Mao, hubieran actuado contra él. Ellos, a su vez, se procuraron el apoyo de otros colegas de alto rango por medio de cadenas de intereses y alianzas que llegaban hasta las aldeas, como se documenta por primera vez en este libro. Se llevaron a cabo purgas feroces, porque se reemplazó a cuadros mediocres con hombres duros y sin escrúpulos que se plegaron a los vientos de radicalismo que soplaban desde Beijing.

Pero, por encima de todo, este libro conecta dos dimensiones de la catástrofe que hasta ahora se habían estudiado por separado. Tenemos que relacionar lo que ocurría en los pasillos de Zhongnanhai—el complejo que servía como cuar-

¹ Lo sabemos desde hace algún tiempo, gracias al trabajo de Alfred L. Chan, *Mao's Crusade: Politics and Policy Implementation in China's Great Leap Forward*, Oxford, Oxford University Press, 2001; véase también Frederick C. Teiwes y Warren Sun, *China's Road to Disaster: Mao, Central Politicians, and Provincial Leaders in the Unfolding of the Great Leap Forward, 1955-1959*, Armonk, NY, M. E. Sharpe, 1999.

tel general del Partido en Beijing—con las experiencias diarias de la gente corriente. Aparte de unos pocos estudios de localidades específicas basados en entrevistas, la historia social de la era de Mao, por no hablar de la de la hambruna, todavía está por hacer.² Y ahora que la evidencia recién surgida de los archivos nos muestra que la responsabilidad por la catástrofe no se reduce en absoluto a Mao, la profusa documentación recopilada por el Partido sobre todos los aspectos de la vida cotidiana que se desarrollaba bajo su mando nos obliga a renunciar a la noción habitual de que las personas corrientes no eran más que víctimas. A despecho de la imagen de una sociedad ordenada que el régimen proyectaba en el interior y el exterior, el Partido no logró nunca imponer su proyecto. Se enfrentó a unos niveles de oposición y subversión encubiertas que no habrían sido posibles en un país con un Gobierno elegido. En contraste con la imagen de una sociedad comunista sometida a una disciplina estricta, en la que los errores de los dirigentes paralizaron la maquinaria, el relato que emerge de los archivos y las entrevistas es el de una sociedad en plena desintegración, en la que cada uno tenía que recurrir a todos los medios disponibles para mantenerse con vida. La colectivización radical fue tan destructiva que la población entera, en todos sus niveles, trataba de burlar o socavar el plan general, o de manipularlo para sus propios fines. Llevó secretamente a su máximo extremo la búsqueda del provecho propio que el Partido había tratado de eliminar. A medida que se extendía el hambre, la supervivencia de las personas corrientes dependió cada vez más

² El estudio más reciente sobre los pueblos y las aldeas es el de Ralph A. Thaxton, *Catastrophe and Contention in Rural China: Mao's Great Leap Forward Famine and the Origins of Righteous Resistance in Da Fo Village*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008; un libro clásico es el de Edward Friedman, Paul G. Pickowicz y Mark Selden, con Kay Ann Johnson, *Chinese Village, Socialist State*, New Haven, Yale University Press, 1991.

de la habilidad propia para mentir, seducir, ocultar, robar, timar, hurtar, pillar, pasar de contrabando, estafar, aprovecharse del Estado o superarlo en astucia de cualquier otro modo. Robert Service ha indicado que en la Unión Soviética no fueron estos fenómenos los que más contribuyeron a gripar la maquinaria, sino que más bien fueron el aceite que la mantuvo en movimiento.³ Un Estado comunista «perfecto» no habría podido ofrecer los incentivos necesarios para que el pueblo colaborase, y sin cierto grado de acomodación a la búsqueda del provecho propio habría terminado por autodestruirse. Ningún régimen comunista habría logrado mantenerse en el poder durante tanto tiempo sin constantes infracciones de la línea del Partido.

La supervivencia implicaba la desobediencia, pero las múltiples estrategias de supervivencia que concibieron los individuos en los más diversos niveles, desde los granjeros que ocultaban el grano hasta los cuadros del Partido que falsificaban los libros de contabilidad, tendieron también a prolongar la vida del régimen. Se convirtieron en parte del sistema. La ofuscación era el modo de vida comunista. Había que mentir para sobrevivir, y como consecuencia de ello la información que llegaba al Presidente estaba muy distorsionada. La economía planificada requeriría la obtención de una gran cantidad de datos precisos, pero en todos los niveles se distorsionaban los objetivos, se hinchaban las cantidades y se prescindía de las políticas que chocaban con los intereses locales. Igual que ocurría con la búsqueda de beneficios, también había que reprimir continuamente la iniciativa individual y el pensamiento crítico, y se instauró un estado de sitio permanente.

Algunos historiadores interpretarán estos actos de supervivencia como prueba de «resistencia» o como «armas de los

³ Robert Service, *Comrades: A History of World Communism*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2007, p. 6.

débiles» con que los «campesinos» se enfrentaban al «Estado». Pero las técnicas de supervivencia se extendían de un extremo al otro del espectro social. Todo el mundo robó durante la hambruna, desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala social. Por ello, si se hubiera tratado de verdaderos actos de «resistencia», el Partido se habría venido abajo en un estadio muy temprano. Podemos sentirnos tentados de glorificar lo que a primera vista parece una cultura de resistencia de las personas corrientes, una cultura de la resistencia moralmente encomiable. Pero en momentos en los que el acceso a la alimentación es limitado, las ganancias de un individuo suelen ir en detrimento de otro. Cuando los granjeros escondían el grano, los trabajadores que no pertenecían a la aldea morían de hambre. Cuando el empleado mezclaba arena con la harina de la fábrica, otro tendría que masticarla. Pintar con colores románticos lo que a menudo no eran más que medios de supervivencia en mitad de la desesperación equivale a ver el mundo en blanco y negro. En realidad, la colectivización obligó a todo el mundo, en un momento u otro, a difíciles renunciadas de carácter moral. Las degradaciones rutinarias fueron de la mano con la destrucción masiva. Primo Levi, en su testimonio sobre Auschwitz, escribe que los supervivientes raramente son héroes: cuando alguien se sitúa a sí mismo por encima de los demás en un mundo dominado por la ley de la supervivencia, su sentido de la moralidad cambia. En *Los hundidos y los salvados*, Levi lo llamó la zona gris y nos mostró cómo los presos resueltos a sobrevivir tenían que renunciar a sus propios valores morales para obtener una ración extra. No quiso juzgar, sino explicar, y nos fue descubriendo uno a uno el funcionamiento de los diferentes niveles de los campos de exterminio. Entender la complejidad de la conducta humana en tiempos de catástrofe es otro de los objetivos de este libro, y los archivos del Partido nos permiten, por primera vez, una aproximación a las difíciles alternativas a las que esas personas se enfrentaron hace me-

dio siglo, ora en los pasillos del poder, ora en la choza de una familia que pasaba hambre muy lejos de la capital.

Las dos primeras partes de este libro explican cómo y por qué se desarrolló el Gran Salto Adelante. Identifican los momentos clave y describen los procedimientos por los que las decisiones de un selecto grupo dirigente condicionaron las vidas de millones de personas. La tercera parte examina el alcance de la destrucción en la agricultura, la industria, el comercio, la vivienda y el entorno natural. La cuarta parte muestra las alteraciones que sufrió el proyecto como consecuencia de las estrategias diarias de supervivencia por parte de las personas corrientes, y cómo éstas provocaron unos resultados a los que nadie quería llegar, y que muy pocos reconocieron del todo. En las ciudades los obreros robaban, evitaban el trabajo o sabotaban activamente el plan económico, mientras que en el campo los granjeros incurrían en una variedad de actos encaminados a la supervivencia, desde consumir el grano directamente en los campos hasta marcharse a la aventura en busca de una vida mejor. Otros robaban en los graneros, prendían fuego en los despachos del Partido, asaltaban trenes de carga y, ocasionalmente, organizaban revueltas armadas contra el régimen. Pero la capacidad del pueblo para sobrevivir se veía muy limitada por su propia posición en una elaborada jerarquía social que enfrentaba a pueblo y Partido. Y algunas de las personas que integraban el pueblo eran más vulnerables que otras: en la quinta parte examinamos la vida de los niños, las mujeres y los ancianos. Finalmente, la sexta parte explica las múltiples maneras en las que se moría, desde los accidentes, las enfermedades, las torturas, los asesinatos y los suicidios hasta el hambre. Al final del libro un comentario sobre las fuentes explica con mayor detalle la naturaleza de los archivos consultados.